

LOS PARTIDOS POLITICOS DE NICARAGUA

ANSELMO H. RIVAS

Estadista, periodista,
mentor político nicaragüense.

I

Macaulay explica el origen de los dos grandes partidos ingleses del modo siguiente. Dice que "la diferencia entre ellos ha existido siempre, y debe siempre existir, porque tiene su origen en la diversidad de temperamentos, inteligencia y de intereses que existen en todas las sociedades, y que existirán hasta que el espíritu humano deje de ser impelido en opuestas direcciones por los encantos del hábito, y por los encantos de la novedad. No solamente en política, sino también en literatura, en artes, en ciencias, en cirugía y mecánica, en navegación y agricultura, y aun en matemáticas, encontramos esta distinción. En todas partes hay clases de hombres que se aferran con tenacidad a todo lo que es antiguo, y que, aun cuando se les convenza con irresistibles razones de que una innovación sería benéfica, consienten en ella con mucho recelo y con funestos presagios. También encontramos por todas partes otra clase de hombres vehementes y llenos de esperanzas, atrevidos en su proyectos, que empujan siempre hacia adelante, prontos para descubrir las imperfecciones de todo lo que existe, dispuestos a no tomar en cuenta los riesgos e inconvenientes que traen consigo los adelantos, y listos a probar todo cambio por la razón de ser un adelanto. En los sentimientos de ambas clases hay algo que aprobar, pero las mejores muestras de ambas se encontrarán, no lejos, de su línea divisoria. La sección extrema de la una clase se compone de ciegos y apasionados retrógrados, la extrema sección de la otra se compone de empíricos superficiales e irreflexivos.

"Los partidos se llamaron después Tories y Whigs, y no hay probabilidades de que estas denominaciones lleguen a caer en desuso.

"No sería difícil componer un libelo infamatorio o un panegírico sobre cualquiera de esos dos famosos bandos, porque ningún hombre que no esté enteramente desprovisto de juicio y buena fé, podrá negar que hay indelebles manchas en la fama del partido a que pertenece, ni que el partido a que es contrario puede gloriarse con justicia de muchos nombres ilustres, de muchas acciones heroicas y de muchos importantes servicios hechos al estado. La verdad es que, aunque ambos partidos han cometido con frecuencia graves errores, Inglaterra no habría podido pasarse sin ninguno de ellos. Si en sus instituciones la libertad y el orden, las ventajas que surgen de la innovación y las ventajas que surgen de la prescripción se han combinado de un modo desconocido en otras partes, debemos atribuir esta feliz peculiaridad a las ardientes luchas y alternativas victorias de dos confederaciones rivales de estadistas, una confederación celosa por la autoridad y la antigüedad, y otra celosa por la libertad y el progreso".

En 1878, uno de los Jefes más conspicuos del mal llamado **liberalismo** nicaragüense, don Enrique Guzmán, dijo: "El Partido Conservador se muere, el

Partido Conservador se acaba", y hacia esta afirmación precisamente cuando su imaginario enfermo agonizante daba el espectáculo más grandioso de su irresistible poder, llevando a las urnas electorales el nombre de don Joaquín Zavala con tan general aplauso, que aún los mismos que le hacían oposición manifestaban que era sólo por el temor de que no aceptase, y se sintieron honrados al verse vencidos con aquel hombre tan simpático.

Es lástima que el referido caudillo liberal no haya sido profeta en aquella época, pues la desaparición del escenario público de lo que se ha llamado en este país Partido Conservador, habría demostrado que la gran misión organizadora de esta agrupación política estaba terminada, y que el país había entrado ya en una era de verdadera civilización, era en que, desapareciendo los círculos personales, las bajas pasiones y las intrigas rastreras, debe ocupar la arena de la política la lucha franca, leal y decorosa entre los dos grandes principios que se disputan el predominio del mundo, a saber: el que tiende a dar al espíritu rápido vuelo hacia la realización de los grandes progresos e ideales humanos, sin reconocer trabas de ningún género, y el que representa como el freno de la locomotora del pensamiento, e impide que descarrile ocasionando catástrofes en las cuales se pierden las conquistas adquiridas en siglos de trabajos y de meditación.

↓ Pero desgraciadamente no hemos llegado aún a tanta altura, pues en Nicaragua no ha habido ni habrá por mucho tiempo esa santa lucha que es la causa determinante de los progresos humanos. Intereses encontrados, pasiones de todo género, ajenos al bien común, hé ahí las causas de las frecuentes convulsiones y guerras que han consumido los ricos elementos del país y comprometido seriamente su independencia: lucha larga, tenebrosa, desesperada, sin tregua, de la propiedad, la vida, la familia, la moralidad pública y privada, en fin, de todos los principios constitutivos de la sociedad con todos los elementos que le son contrarios.

Por exagerada que parezca esta apreciación, la verdad de ella aparecerá a todo espíritu reflexivo que se tome el trabajo de meditar un poco sobre el origen y progreso de nuestras revoluciones. He aquí lo que el ilustrado jurisconsulto, don Tomás Ayón, dice a este respecto en sus "Apuntes sobre los acontecimientos de 1822 y 24".

"En la anterior contienda (después de la independencia) de los partidos políticos de esta provincia (Nicaragua), pues, no se encuentran más que pasiones: las calificaciones de realistas, imperialistas o serviles sólo servían para autorizar la persecución y el despojo de las personas que habían tenido una regular posición bajo el antiguo régimen.

"En la confusión de los hechos con que las pasiones iban labrando la ruina de la patria, se deja ver el espíritu que animaba a la revolución. Nada

de principios, nada de ideas que sirvieran de estímulo a la lucha fratricida en que se destruían la vida, los intereses y las costumbres de estos desgraciados pueblos: no aparece en la contienda otro móvil que el del odio engendrado por los excesos que tanto en Granada como en León cometían los que se denominaban **liberales**.

En esa lucha sangrienta y destructora de la civilización contra la barbarie, la parte sana de la sociedad asumió el título de "Partido Conservador", en contraposición al de **liberales** con que se denominaron los enemigos del reposo público.

¿Cuál ha sido la misión del "Partido Conservador" en las épocas más luctuosas de la patria?

Dejemos que conteste por nosotros el ya citado Jefe del nuevo "Partido Liberal", don Enrique Guzmán, quien en el número 9 de "La Prensa", que publicó en 1878, se expresa así:

"¿Quién no recuerda aquellos pavorosos días de 1854, aquella tempestad de fuego y de sangre, aquella revolución formidable que el "Partido Conservador" nicaragüense supo resistir y vencer?"

"Vino William Walker y el "Partido Conservador" cayó. Dióle el filibusterismo rudos golpes, pero en el patíbulo mostraron los conservadores que sabían morir, y en el destierro probaron su entereza, abnegación y patriotismo: fueron infatigables para traer a su país la guerra santa que debía liberar a Centro América de las guerras del aventurero Yankee.

"Injusticia sería de nuestra parte desconocer los importantes servicios que este partido, en sus días de esplendor, ha prestado a la República.

"Gobernó con el General Martínez de 1858 a 1862, y durante esos cinco años fue Nicaragua libre y feliz, como no lo había sido nunca hasta entonces y como podría serlo el país mejor gobernado de la tierra".

En seguida expuso la situación a que ha llegado ese gran partido, diciendo: "**La Camarilla y Olancho**": he aquí a lo que ha quedado reducido el gran partido de 1854, el que afrontó sin miedo el patíbulo y el destierro en 1855, el que reconstruyó la República en 1858, el que combatió dos veces a Martínez, el que sostuvo a Guzmán en 1869".

Esto escribía el señor Guzmán en 1878, cuando consideraba disuelto el "Partido Conservador", a causa de la actitud asumida por el departamento de Rivas en la elección presidencial de aquel año. Sus impresiones cambiaron radicalmente al ver la acogida que tuvo el Presidente elegido por los conservadores, no solamente entre los antiguos amigos de Rivas, disidentes entonces por motivos muy especiales, sino también entre los antiguos liberales, quienes hicieron apreciaciones muy honoríficas del Presidente electo, y aun del Presidente bajo cuyos auspicios se había efectuado aquella elección con tanta libertad.

Hoy, con motivo de una nueva escisión del "Partido Conservador", en una correspondencia que dirige a "El Termómetro" bajo su conocido seudónimo de **Fra-Diávolo** recuerda aquellos conceptos, y confirma su profecía de que el "Partido Conservador" es un enfermo agonizante.

Error gravísimo que tiene su origen en la falta

de un estudio serio de la índole y marcha de nuestras revoluciones.

En los primeros tiempos de nuestra vida política, todos los espíritus rectos, los hombres de corazón y de luces, que simpatizaban sinceramente con la idea liberal, es decir, con todo pensamiento que tendiese a transformar las antiguas colonias españolas en un verdadero edén, donde todo ciudadano tuviese garantizados sus más caros derechos, y encontrase apoyo decidido a todas sus legítimas aspiraciones, siguieron con entusiasmo a los hombres que se declararon apóstoles de esa idea. Los prestigios y triunfos que adquirieron algunos de esos apóstoles con su seducidora propaganda los llenaron de orgullo y no tardaron en poner de manifiesto sus desordenados apetitos, arrojando la careta de patriotismo y amor al pueblo con que pretendían encubrirlos. Todos los elementos sanos de la sociedad que les habían dado apoyo, desfilaron y fueron a constituir el "Partido Conservador" que de día en día se engrosaba con los desengaños que sufrían las gentes candorosas. De esta manera vino a formarse el "Partido Conservador" de hombres de distintas ideas; pero a quienes ligaba un sentimiento común, el amor al orden, como fuente indispensable de libertad y progreso. En varias épocas pacíficas, en que ha parecido estar consolidado el orden, han comenzado a esbozarse los dos partidos políticos que, con el tiempo, han de gobernar alternativamente el país y concurrir unidos a su prosperidad y engrandecimiento. Los gérmenes de esos dos partidos están confundidos, en su mayor parte, en el Partido Conservador, pero cuando han tratado de definirse, se han vuelto a confundir, por la cuestión de orden público, puesta en peligro por el aliento que ha tomado el espíritu anárquico, a causa de las defecciones que ha sufrido el Partido Conservador, con pretensiones aisladas e ideas de círculo que han surgido en su seno. Así es como en Nicaragua se ha visto el singular fenómeno de formarse un Partido Conservador, de ideas heterogéneas, con los desertores de las filas liberales que fueron burlados en sus patrióticas aspiraciones; y de que el Partido Liberal, muerto muchas veces, aunque no enterrado, se mantenga en pie con las espumas que arroja el Partido Conservador, y aun se engalane con los elementos que parecen serle más contrarios. Semejante fenómeno es la confirmación de nuestra tesis, a saber: que hasta ahora no ha habido, ni habrá por mucho tiempo, verdaderos partidos políticos que luchen por el triunfo de sus principios.

II

La tendencia de los bandos que se han hecho cruda guerra en Nicaragua, a expensas de su reposo y prosperidad, se han sintetizado en todo tiempo con estas palabras: los **anarquistas** y los **hombres de bien**. Es verdad que algunas veces se les ha visto asumir títulos que revelan divergencia de principios, como en tiempo de la guerra de independencia en que se clasificaron en **insurgentes** y **realistas**, y más tarde en **serviles** y **liberales**, **chapeollos** y **supelcos**, **legitimistas** y **democráticos**, y finalmente en **conservadores** y **liberales**; pero las más de las veces toma-

rón esos bandos denominaciones puramente personalistas, como: **sacasisistas y cletinos, argüellinos y cerdistas**, o que revelaban la clase de elementos sociales que entraban en su formación tales como: **abejas y culumucos, desnudos y mechudos**, expresando el nombre de **abejas**, que el partido así denominado se componía de las clases industriales, y el de los **culumucos**, los elementos que hacen en la sociedad el oficio de los cuadrúpedos de este nombre, que introducen su velluda cola en las colmenas y la sacan saturada de miel que chupan, alimentándose así del trabajo de las abejas. **Desnudos los descamisados o sans culottes y mechudos** lo contrapuesto a esa clase, porque los hombres acomodados en la época de esas denominaciones de **limbucos y calandracas** que guardaban entre sí esa misma analogía, si bien ellas tuvieron origen en la compleción de los jefes de los partidos, uno de los cuales era vigoroso y robusto, y otro endeble y raquítico.

Cuando el partido rojo desapareció del escenario público a consecuencia de la memorable guerra de 1854 y la más memorable aún de 55, 56 y 57 contra los filibusteros, el Partido Conservador se dividió en independientes y empleomaniáticos, que asumieron respectivamente los títulos de **crestones y paperones**, cuya etimología no es conducente a nuestro propósito, pero que en un lenguaje peculiar, significaban clara y distintamente las condiciones de los hombres en que se había dividido el partido.

Es una historia larga, curiosísima, muy fecunda en enseñanza, la de los partidos políticos nicaragüenses, pero su estudio completo no es propio de los artículos ligeros que nos proponemos escribir: basta a nuestro propósito demostrar el hecho de que en nuestras contiendas civiles los principios liberales han entrado apenas como una enseña para reunir en torno de una bandera a todos los hombres que, por rivalidades y por sentimientos ajenos al bien público, estaban dispuestos a oponerse a la marcha regular de la sociedad.

Hemos dicho que los gérmenes de los dos partidos políticos, que, con el tiempo, deben formarse para bien del país se encuentran en su mayor parte en lo que se ha llamado Partido Conservador. Para comprobar la verdad de este aserto nos bastará demostrar que en ese partido figura en alta escala el elemento liberal. Oigamos lo que el jefe del partido contrario, uno de los miembros más distinguidos del Partido Liberal centroamericano, el General don Máximo Jerez, dijo en una ocasión solemne, defendiendo a ese partido del cargo que le fulminó en 1862 el señor Ministro de Relaciones don Pedro Zeledón, de haber abrazado el pensamiento de nacionalidad a cambio de una candidatura. Así se explicó en un opúsculo que publicó en León en 1º de octubre de aquel año, y fué reimpreso en la imprenta nacional del Salvador.

"¡Oh no, señor Ministro Zeledón! Conceda Ud. más nobleza a todo un partido del país, y en el que Ud. ha figurado algún tiempo... Es antipatriótico y cruel traducir en tan mal sentido los hechos auténticos con que los conservadores acreditaron en un lance solemne su decisión y entusiasmo por la causa más santa, la de la unión centroamericana. Es

no reconocer, no sentir el valor y poder de esta causa, el suponer que un partido sólo finge profesarle adhesión, vilmente interesado en fines subalternos. Oiga Ud., señor, la sana y verídica relación del feliz acontecimiento que Ud. describe de un modo tan desfavorable al honor de sus conciudadanos.

"Siendo yo uno de los democráticos, cuya principal mira en todos sus pasos ha sido el triunfo de las ideas nacionalistas, subordinando a ellas cualquiera otra consideración, hube de presenciar y valorar debidamente la unánime resolución patriótica de los conservadores en favor de ellas, tomada y puesta en práctica con la abstracción que merecen sin que mención alguna se hiciera de la cuestión electoral, **pero después de haber visto marcada así la identidad de política, no pude menos que manifestar a algunos amigos, que por lo que a mí tocaba creería desmentir mis antecedentes si de mi parte no cesase desde luego toda discordancia con hombres con quienes me veía indentificado en principios**".

Esta verdad la reconoce también el señor don Enrique Guzmán, así como la de que el elemento retrógrado no es extraño a lo que entre nosotros se ha dado en llamar **liberalismo**. Oigamos lo que a este respecto dijo este escritor en su periódico "La Prensa". He aquí sus palabras.

"Hasta ahora los nombres de **conservadores y liberales** nada han significado en Nicaragua. Conservadores se llaman los hombres de Rivas y profesan principios avanzadísimos, liberales se han llamado muchos individuos que García Moreno habría podido ver entre sus secuaces y admiradores. Aun en el mismo círculo dominante se encuentran personas que simpatizan muy de veras con la idea liberal".

Puede decirse que ambos partidos se componen de elementos de la misma naturaleza, y en efecto juegan en ellos los mismos hombres, las mismas pasiones, las mismas debilidades, idénticas ambiciones. La diferencia ha consistido y consiste en que lo que hoy se llama Partido Conservador ha reunido siempre en su torno mayor número de patriotas que han tomado a su cargo la tarea de custodiar los intereses de la generalidad, mientras que en el otro bando estos elementos patrióticos han formado por excepción, ya engañados por su sencillez, o extrañados por su entusiasmo.

Los conservadores han formado siempre un núcleo de hombres, escasos en número, pero enérgicos y resueltos a enfrentarse a la demagogia, cualquiera que sea el poder de que disponga, y el disfraz que adopte para encubrir sus destructores propósitos. A ese núcleo se han agregado los hombres tímidos y quitados de ruidos, los indiferentes en política que necesitan de paz y de orden para prosperar, las masas pacíficas y laboriosas que todo lo esperan del trabajo, y aun los egoístas, con tal que tengan una familia y una hacienda que garantizar. Todos estos elementos, en su mayor parte tienen el vínculo común de la conservación, y la común aspiración a establecer la paz y el orden. La unidad de mira, la convergencia de todos los esfuerzos hacia un objeto de vital importancia y de común utilidad, han dado siempre a esta agrupación política una superioridad incontestable sobre sus adver-

sarios que, movidos en lo general, por intereses aislados y aspiraciones personales, jamás pueden marchar al unísono, temiendo cada cual que un paso dado en el progreso de la revolución, destruya su pensamiento y la pretensión personal que lo llevó a tomar un puesto de combate en aquel bando.

Aun en los últimos tiempos en que se ha hecho sentir un poco la influencia de la civilización del siglo, y por lo tanto se ha ido acentuando también la divergencia de principios políticos, se nota ese funesto desconcierto que hace que el liberalismo sea un foco de desorden y anarquía. Oigamos lo que a este respecto nos dice el tantas veces citado señor Guzmán en el mencionado periódico "La Prensa", después de haber echo el fatídico diagnóstico del Partido Conservador. Dice así:

"Como habíamos previsto, el enfermo moribundo nos colmó de vituperios al escuchar nuestro diagnóstico. Quiera Dios que el **liberalismo** nicaragüense sea menos irritable y que sólo encuentre en estas líneas motivo de seria meditación porque, a nuestro juicio, hay notable diferencia entre el uno y la otra.

"La **oposición** de Nicaragua ¿merecerá el nombre de partido político? No.

"Es la agrupación de varios pequeños círculos, algunos de los cuales han tenido hasta hoy intereses y tendencias opuestas.

"Cabe organización y disciplina entre pandillas políticas empeñadas, no en el triunfo de un principio, sino en conquistar por sus respectivos jefes la exclusiva supremacía...?"

"Siempre las mismas disidencias, siempre la confusión y la anarquía en nuestras filas. "El desconcertado Partido Liberal", dice **El Porvenir** en su número 32, hablando de nosotros. La calificación del semanario de Managua es perfectamente exacta.

"No somos una legión: somos un puñado de voluntarios insurrectos. Cada uno dispara por su lado; sin orden ni concierto, exponiéndose con frecuencia a herir a sus propios amigos.

"Y entre tanto el conservatismo dominante, se burla de nuestras divisiones y las aprovecha; azuza un círculo contra otro; procura mantener vivo el recuerdo de antiguas rencillas entre las diversas parcialidades que forman la oposición, y como en ningún partido faltan infames capaces de venderle el alma a Satanás, por las treinta monedas de Judas, los conservadores hallan a cada paso, en el anarquizado hogar del liberalismo, espías y soplones, odiosos sicarios de machete y asquerosos esbirros de pluma".

He aquí un cuadro verdaderamente sombrío, pero de una rigurosa exactitud. Esto se explica. El liberalismo ha tenido un núcleo de hombres quizá más enérgicos e ilustrados que sus antagonistas, pero que, a diferencia de éstos, no han tenido unidad de pensamiento. En lo único en que han estado de acuerdo es en destruir el núcleo contrario, para lo cual han hecho un llamamiento general a todas las pasiones, a todos los intereses que le son contrarios. Todo disgusto personal o de familia, todo resentimiento, todo encono, todo despecho, toda pretensión aislada, ha encontrado franca hospitalidad en el liberalismo, dando con esto lugar a las más curio-

sas extravagancias, tales como: manifestaciones **libero-clericales y democracias borbónicas**; y de este consorcio heterogéneo de sentimientos y aspiraciones se ha formado el grueso del ejército destinado a librar la batalla contra los intereses de la generalidad. A este núcleo, que ha llegado a veces a adquirir un grado considerable de respetabilidad, se han agregado muchos hombres de buena fé, entusiasmas por todo pensamiento grande o fascinados por la idea de ser conducidos, como por vía de encantamiento, al apogeo de la dicha y de la prosperidad.

Los mismos, los mismísimos elementos concurren a formar el Partido Conservador, pero en éste, el elemento de buena fe e impersonal, figura en más alta escala, tanto en el núcleo, como en los afiliados. También en este partido ha habido, hay y habrá por mucho tiempo, mientras no se definan con claridad los principios políticos, pasiones personales y aspiraciones aisladas. Muchas veces han figurado en él hombres que no han tenido otra razón para ser conservadores que el hallarse sus enemigos o rivales en las filas contrarias; muchos ha habido cuyos principales alicientes han sido las mayores probabilidades de llegar con el apoyo del partido, a ciertas posiciones o de conservarse en ellas. Así es que después del conflicto entre las dos parcialidades, se verifican cambios estupendos que causan admiración a los que no se han tomado el trabajo de investigar las razones que han determinado la actitud de ciertos hombres en circunstancias dadas.

Nada más cambiante que el calor político de los individuos, y muy poco conocimiento de la índole del país revela el que cree en la firme y sincera adhesión del correligionario a la causa que está sosteniendo. La frase aquella: "nadie puede contar con el día de mañana", en nada ha tenido mejor aplicación que tratándose de asuntos políticos; y en efecto nada, hay tan común como ver a los amigos de ayer figurando en las filas contrarias y viceversa. Regularmente en el conflicto se exaltan las pasiones y los sentimientos y se ponen de manifiesto las miras que predominan en uno y otro bando. Los incautos abren los ojos, los entusiasmas pierden sus ilusiones; y estos elementos sanos desengañados, vienen a engrosar las filas del conservatismo, en donde, a despecho de sentimientos y aspiraciones personales, triunfan los principios más vitales para la sociedad, tales como: la paz, el orden, la libertad y las garantías de propiedad y vida. La sociedad vuelve a asentarse sobre sus quicios: a cada cual se le señala su puesto y entonces viene a su turno la desmembración de las filas conservadoras: el funcionario que fue repuesto en su empleo por otro ciudadano, va **ipso facto**, a formar en las filas del liberalismo; el que no coronó una aspiración personal o de círculo, se convierte desde luego en apóstol de las ideas liberales: el que no obtuvo la profección que se prometía de los hombres principales de su partido, el candidato chasqueado, el comerciante fallido, el general retirado, son otros tantos elementos que van a engrosar las filas del liberalismo y a emprender la tarea de explotar la sencillez de los hombres para descarriar el sentimiento público. Este fenómeno, que no debe ser exclusivo de Nicaragua, inspiró sin duda a un ilustrado escritor sudamericana-

no, don Joaquín Vallejos, aquella idea gráfica del liberalismo de su tierra: decía, "es en suma, el **remedezvous** de todas las averías humanas".

Este desmembramiento del Partido Conservador se efectúa casi en masa, cuando no tiene al frente al enemigo formado. Así sucedió en 1862, cuando el Partido Conservador, después de haber obtenido un triunfo definitivo sobre el liberalismo, en el desenlace de la lucha contra los filibusteros, se fraccionó: el liberalismo se fraccionó también, adhiriéndose sus dos partes a las dos fracciones del Partido Conservador. Cada una de estas fracciones fue tan potente que pudo sacar en las urnas electorales un candidato a la presidencia de la República popularmente electo. El fraccionamiento del Partido en aquella época dió origen a la reaparición más tarde del liberalismo. Este llegó a quedar enteramente vencido en 1876, quedando nuevamente el Partido Conservador solo en el campo sin un enemigo que combatir.

A este formidable Partido, vencedor en todas partes, le ha sucedido lo que a un ejército, que, después de haber marchado de triunfo en triunfo por mucho tiempo, y no teniendo ya enemigos que vencer, se desmoraliza en la vida de campamento, al grado de hacerse la guerra las escuadras amigas de los distintos batallones. Así como en un ejército, desmoralizado por la embriaguez del triunfo y por la falta de un enemigo, no faltan jefes subalternos que desconozcan la superioridad del General en Jefe, y aun se consideren aptos para dirigir aquella gran masa de soldados, pero que a la reaparición imprevista del enemigo, reconocen su impotencia y buscan una inteligencia superior que los salve; así también, en el Partido Conservador, siempre que ha desaparecido el enemigo común, han surgido pretensiones de carácter injustificable; se han desconocido los más importantes servicios y las virtudes más relevantes, y los elementos más tímidos y más nulos, en los días del conflicto, han llegado a considerarse los más enérgicos y más aptos para la dirección de los negocios públicos.

Pero todo esto es fantasmagoría: las cuestiones, disputas y disidencias que han venido surgiendo en el Partido Conservador, a medida que ha ido dilatando su imperio en la opinión pública, no son, como se cree por algunos, un síntoma de disolución, es solamente un resultado lógico y necesario de encontrarse solo en la arena política, sin un enemigo organizado que dispute su predominio. Pero reaparezca la demagogia, y todos los elementos sociales reconocerán su centro, y el Partido Conservador, el enfermo agonizante de "La Prensa" y de **Fra Diávolo**, reaparecerá con toda la fuerza de su imponente unidad.

Aún no está concluída la tarea del Partido Conservador, que es extirpar por completo el espíritu anárquico de nuestra sociedad. No está por desgracia todavía en el caso del ejército del Potomac que, habiendo vencido toda tendencia a destruir la Unión Americana, pudo decir: "Nuestra misión está concluída", y se disolvió.

Pero le llegará su turno, y en el día feliz en que desaparezca de nuestra sociedad toda tendencia anárquica que ponga en peligro la conserva-

ción del orden público, desaparecerá también del escenario político el actual Partido Conservador, de cuyo seno surgirán los dos grandes partidos que en lo futuro determinarán la marcha progresiva del país. Esos dos partidos no serán conservadores y liberales, como en otros países porque aquí el elemento conservador genuino no abunda en las clases ilustradas y acomodadas, al grado de formar un cuerpo respetable que constituya una escuela política. Los partidos que surgirán, según los elementos predominantes en el día, han de ser: **Progresistas autoritarios y Republicanos liberales**. Los unos son los que aspiran a una dictadura liberal, es decir: a un gobierno autoritario que haga el bien, sin trabas de ningún género, a despecho de todos y de todo, los otros, los que propenden por constituir por encima de toda aspiración y autoridad el poder impersonal de la ley, por administrar los intereses públicos en armonía con los sentimientos de la generalidad, y porque no se haga sentir la mano férrea del Gobierno como una voluntad extraña a la voluntad del país. Estos son los elementos verdaderamente políticos y patrióticos que existen en Nicaragua, principalmente en lo que hoy se llama Partido Conservador.

III

Para dar mayor luz sobre la naturaleza de los partidos y apreciar mejor la influencia que han ejercido en la marcha del país y la que pueden tener en su porvenir, es preciso estudiar las obras de uno y otro en las diversas situaciones por que han atravesado. Cuestión es ésta puramente de hechos, que cualquiera podrá comprobar para darse cuenta de si su acción ha sido benéfica o perjudicial.

Pidamos, pues, a los partidos sus obras, que serán los verdaderos títulos con que cada cual pretenda la prelación en el manejo de los negocios públicos.

¿Qué ha hecho el Partido Liberal, o más bien, qué se ha hecho en nombre de los principios liberales que se han proclamado desde nuestra independencia?

Si seguimos paso a paso los anales de nuestra vida política, encontraremos que en teoría se han hecho las más bellas proclamaciones de principios: que se ha prometido a esta privilegiada sección de América una completa transformación, y convertirla, como por ensalmo, en un edén de prosperidad y de dicha, pero en la práctica ha resultado todo lo contrario. En lugar de la paz y prosperidad, del engrandecimiento, de la libertad, del goce de la más completa felicidad que se ha ofrecido a nuestros pueblos, han tenido guerra continua, convulsiones interminables, empobrecimiento, humillaciones, ruina, desolación y muerte. En nombre de la paz se les ha dado agitaciones, en nombre de la libertad se les ha hecho servir al autoritarismo más odioso, en nombre de la felicidad se les ha reducido a la más espantosa desolación.

No faltará quien diga que éstas son declamaciones apasionadas, pero ahí están los hechos para comprobar nuestras aseveraciones.

La generación presente no tiene la menor idea

de lo que fué la olocracia del cuartel de León que ejerció un poder incontrastable en toda la República, desde poco después de proclamada la independencia hasta 1844. Era el poder militar más detestable. La guardia de pretorianos de que estaba rodeado el Comandante General se componía de criminales, de los cuales el que menos había cometido un homicidio. El aspecto de esos hombres desnudos unos, andrajosos otros, y todos señalados en el rostro con cicatrices nada honrosas, inspiraban invencible horror al vecindario, porque donde quiera que ponían la planta dejaban la huella de sus criminales costumbres. Nadie se atrevía a salir de noche por temor de recibir ultrajes de esos pretorianos, y ciudadanos de primera nota fueron flajelados públicamente por mandato y venganza de sus jefes.

¿Quiénes formaban y sostenían tan odiosa institución?

Liberales.

¿Quiénes fomentaron las interminables facciones que surgieron de la guerra de 1844, que puso término a aquella dominación?

Liberales.

¿Quiénes suscitaron y fomentaron la desoladora revolución de 1848 y 49, que causó muchas víctimas en varios pueblos de la República, mantuvo por meses a este vecindario (1) en constante zozobra y ocasionó la devastación del departamento de Rivas?

Liberales.

Y liberales fueron los que en 1854 hicieron un esfuerzo por establecer el predominio militar y apelar al elemento filibustero de los Estados Unidos para coronar sus propósitos.

Hé aquí un rasgo característico del mal llamado **liberalismo nicaragüense**, que pone de manifiesto sus tendencias a desquiciar el orden establecido. Es enemigo jurado de los funcionarios e individuos que marchan por el sendero de la regularidad. Mientras que el General Muñoz fué sostenedor del orden, el liberalismo fué su mortal enemigo, y cuando el mismo General Muñoz, para coronar ciertos fines, se lanzó sobre los **Poderes Supremos**, el Partido Liberal fué su principal apoyo.

Apoyó también al Gobierno de don José Guerrero en los actos más escandalosos de opresión para elevar a la primera magistratura, contra la voluntad de la mayoría del país, al señor Licenciado don Norberto Ramírez, y cuando este honrado y esclarecido ciudadano, en el ejercicio del poder, se trazó la honrada y patriótica línea de conducta que le granjeó el amor de sus conciudadanos y le recomienda altamente al aprecio de la posteridad, el Partido Liberal fué su tenaz opositor.

No queremos citar hechos más recientes en que se ve de un modo claro la tendencia de ese partido a impedir que se consolide el orden público, pero cualquiera que se tome el trabajo de estudiar reflexivamente los hechos, tendrá que reconocer que él ha sido verdadera rémora para la bienandanza y progreso del país: que contra los principios que proclama ha favorecido toda dictadura militar desde la

(1) El de Granada.

del **Pavo** hasta la de Walker: que ha combatido a todo gobierno regularizado, y aplaudido todo acto que de algún modo se desvía de la línea que trazan las leyes y la conveniencia. El Partido Liberal lleva a tal grado su sistema de combatir el orden y la regularidad, y de apoyar la irregularidad y el desorden, que se declara enemigo sistemático e intransigente de los hombres que figuran en el bando contrario y que sostienen con imperturbable energía sus principios, al paso que se declara amigo entusiasta de esos mismos hombres, cuando dan el primer paso falso en política, aún cuando sea por odio exagerado al **liberalismo**. No importa cuál sea el móvil de sus actos: basta que ellos debiliten el núcleo del Partido Conservador, para que se hagan acreedores a las más altas consideraciones de los liberales y se les presente al mundo como objeto de admiración y de respeto.

Algunos jóvenes que, creyendo en las palabras, se han afiliado al Partido Liberal, nos han tildado de apasionados en nuestras apreciaciones y de estar animados del deseo de denigrar a los hombres públicos que han figurado en el bando liberal. No denigramos: por nuestra pluma hablan los hechos, que cualquiera puede comprobar, y aun nos abstenemos de puntualizar épocas y personajes, por quitar a nuestro escrito hasta el más ligero tinte de personalidad. Pero esos jóvenes pueden preguntar a cualquiera e interrogar a nuestros anales sobre cuál fué el partido que apoyó la extradición política del Jefe del Partido Liberal salvadoreño, General don Gerardo Barrios y bajo qué influencia se dieron las leyes represivas de la libertad de imprenta y de otras garantías.

Añadiremos en prueba de nuestra imparcialidad, y para que se vea que no tratamos de ofender a nadie sino solamente apuntar la imperfección de nuestras organizaciones políticas: que, al hablar del Partido Liberal, no queremos comprender en manera alguna a todas las personas que se han afiliado a ese partido, considerándolas como promotoras de desórdenes y anarquía, sino que nos referimos a los hechos que se han consumado en nombre de los principios liberales. Sería un grave error y una grave injusticia de nuestra parte querer envolver en un común oprobio a los hombres de ideas levantadas que han arrostrado las preocupaciones populares la influencia de ciertos intereses para mejorar la condición de nuestro pueblo, con los demagogos sin conciencia ni principios que sólo invocan las ideas **liberales** para encubrir sus torpes aspiraciones. No, ha habido y hay en el **liberalismo** grandes ilustraciones y eminentes patriotas, hombres honrados y de buena fe que candorosamente se han lanzado en el **mare magnum** de las pasiones agitadas con el loable designio de aprovechar un momento oportuno para dar al torrente otra dirección, haciendo servir esas mismas pasiones a intereses de la patria. ¿No hemos visto a un Hernández, a un Sandoval, a un Estrada, y a una infinidad de preclaros varones que desengañados de la impotencia de sus esfuerzos para dirigir a las masas desbordadas del **liberalismo**, han buscado en el Partido Conservador el elemento propio para su patriótica actividad?

Tampoco debe creerse, que, al hablar de los be-

neficios que ha hecho al país el Partido Conservador, hemos querido decir que todos los que forman en este partido son el prototipo de la pureza y del patriotismo. No, esto sería un error igualmente grave. Sabido es que en las colectividades los caracteres más enérgicos predominan; muchos débiles son arrasados, y otros obran por cálculos en el mismo sentido. Hemos dicho ya en otro artículo que el Partido Conservador se compone de los mismos elementos que el Partido Liberal, y por consiguiente hay en él grandes debilidades, grandes ambiciones, grandes intereses que se ocultan bajo la capa de patriotismo, y que acechan el momento oportuno para imprimir a los negocios una dirección conveniente a sus miras. El hecho constante de tener el Partido Conservador de adversarios en cada nueva situación a algunos de los que fueron amigos celosos en las anteriores circunstancias, nos releva de la necesidad de aducir pruebas a este respecto.

Pero volvamos a la cuestión de hechos, y ya que hemos revisado los actos del Partido Liberal, hagamos otro tanto con el Partido Conservador.

El Partido Conservador destruyó la oclocracia del cuartel de León:

También destruyó el militarismo, enfrentándose a ese poder que era el más fuerte en toda la República, ya en el gobierno, ya en las deliberaciones de las asambleas, y finalmente en el campo de batalla en 1851:

Se enfrentó con sorprendente resolución a la poderosa revolución de 1854, que fue dueña de casi todo Nicaragua, y contaba con simpatías y apoyo en casi todos los Estados de Centro América:

Inició la reacción patriótica del país contra la dominación extranjera, e hizo los esfuerzos más poderosos y los sacrificios más nobles en defensa de la independencia patria. Entre los grandes sacrificios morales que hizo ese partido por la noble causa de la independencia nacional, debe contarse el haberse sometido al gobierno de los liberales que, por su origen espurio, se había hecho odioso a los buenos nicaragüenses, principalmente a los legitimistas que por él habían sido sacrificados:

Constituyó la República después de la expulsión de los filibusteros:

Combatió la reelección del Gral. Martínez, por amor a los principios, y no obstante las simpatías y el respeto que le merecía aquel caudillo que era uno de sus jefes más importantes:

Ha establecido en el país la libertad de imprenta, la libertad del sufragio, la alternabilidad en el poder:

Ha fundado la hacienda pública y levantado el crédito nacional a considerable altura.

Ha introducido en el país algunos progresos materiales, ensanchado la instrucción popular y dado respetabilidad al gobierno ante las naciones civilizadas del globo.

Finalmente, al Partido Conservador se debe la consolidación de la paz y el orden y lo poco bueno que existe en el país, siendo su mayor mérito el haber alcanzado esas mejoras a despecho de la ferca y sistemática oposición de los liberales, cuya misión parece haber sido destruirlo todo e impedir la edificación de cosa alguna.

IV

Hemos dicho que al Partido Conservador se le debe lo poco que existe en el país. El consolidó el orden y la paz, fundó la hacienda pública y levantó el crédito nacional, destruyó el militarismo, que es el cáncer de la República y alejó al Clero de la participación en los negocios del Estado, estableció la libertad de imprenta, la del sufragio, la alternabilidad en el poder, el juicio por jurados, y ha lanzado al país en la vía de las mejoras de todo género. Antes del predominio del Partido Conservador, el país era un caos, no se veía más que anarquía, agitaciones y escándalos por todas partes. Los hombres que sustituyeron en el gobierno a los peninsulares, no tenían nociones prácticas de administración: estaban llenos de ilusiones respecto del establecimiento de la República, y su fuerte era la proclamación de hermosas teorías, y de las ideas de la revolución francesa, y sin tomar en cuenta la índole de nuestro pueblo, y la naturaleza de su educación colonial, quisieron trasplantar a Nicaragua las avanzadas instituciones del pueblo americano, pueblo culto, amante de la libertad, esencialmente amigo del orden y avezado a las luchas políticas y sociales.

El resultado de la proclamación de esas ideas fue que se dictasen leyes y constituciones propias para una especie de República platónica, en donde el ciudadano no tuviese más juez que su conciencia, ni necesitase de otra fuerza que la ley imperiosa del deber. Así fue como llegó a constituirse un simulacro de gobierno sin poder para llenar su cometido, sin fuerza, sin prestigio y sin respetabilidad. Ese gobierno era el juguete de los demagogos, quienes, a pesar de su debilidad lo encontraban demasiado estorbo para satisfacer sus desordenados apetitos. Para resistir los constantes combates de la anarquía, era preciso suspender las leyes fundamentales y secundarias, como el único medio de que el gobierno pudiese nivelarse en poder a los revolucionarios. El efecto de esa lucha permanente entre el poder constituido y los anarquistas, ya triunfase el primero o sucumbiese, era siempre un cúmulo de calamidades para los pueblos, los cuales se veían privados del don precioso de la paz, que es su principal aspiración, y del goce de las amplias garantías, consignadas en las leyes eminentemente liberales.

El Partido Conservador trató de poner término a ese desgraciado modo de ser de Nicaragua, que no permitía ni a funcionarios públicos ni a particulares acometer ningún género de empresas para cuyo desarrollo se necesitase de algún tiempo: porque había la tristísima convicción de que cuanto se hiciese era como si se edificase sobre arena, que debía venir a tierra al primer soplo de la revolución. Su tendencia ha sido pues, robustecer la autoridad, dando fuerza y vigor a todos los agentes del poder público, para que puedan contrastar y mantener a raya los esfuerzos de los anarquistas.

El pecado o el error del Partido Conservador ha constituido en ir quizá, en este propósito, más allá de lo que la prudencia exige, pues queriendo evitar los constantes vaivenes sociales, ocasionados por la acción incesante y desorganizadora de la dema-

gogia, ha venido a constituir un poder casi incontrastable. Huyendo de Scila, ha caído en Caribdis y en su vehemente anhelo por establecer la sociedad sobre bases incommovibles, la ha despojado, por decirlo así, de su espíritu de iniciativa, haciendo que lo resigne en el gobierno, acostumbándola a esperar todo del gobierno, y a no pensar sino por el cerebro del gobierno.

El Partido Conservador, siguiendo sin duda la opinión de Montesquieu, que dice: "que en el principio de las sociedades los jefes de las repúblicas son los que forman la institución, y en seguida la institución es la que forma a los jefes de las repúblicas", ha consagrado su preferente atención a la elección de los depositarios del poder, procurando que recaiga en ciudadanos, que por su amor al orden, su energía y sus sentimientos patrióticos, contribuyan eficazmente a encarrilar al país por la senda de la regularidad, en lo cual ha procedido indudablemente con mucha cordura y patriotismo. Una serie casi no interrumpida de ciudadanos de primera nota, desde el demócrata por excelencia, José León Sandoval, hasta la fecha ha ocupado el sillón presidencial por los sufragios del Partido Conservador, y cada uno de estos ciudadanos ha venido ofreciéndose en holocausto a la maledicencia, la envidia y las intrigas de los ambiciosos para enseñar a los pueblos las vicitudes cívicas y el verdadero camino de su felicidad y engrandecimiento.

Por este sistema práctico de buen gobierno, el país ha alcanzado cierto grado de prosperidad, ha llegado a ser uno de los pueblos más libres y felices de Hispano América y ha adquirido buen nombre entre los pueblos cultos, pero el Partido Conservador ha descuidado dar a su obra el complemento, que es llevar las instituciones a un grado de perfección tal, que la máquina gubernativa funcione sin que sea necesario el sacrificio de un estadista de primera fuerza, para que la ponga en movimiento.

No podemos afirmar que este error sea imputable exclusivamente al Partido Conservador, puede ser error del país entero, pero ese Partido es responsable en primer término de ese descuido, por ser el que ha dominado exclusivamente en los últimos veinte años.

¿Qué es lo que ha impedido dar cima a la empresa política emprendida con tan buen éxito?

Lo diremos sin ambages ni rodeos. En nuestro concepto, dos son las causas determinantes de esta sensible omisión en un asunto de tan vital importancia.

La primera es que el Partido Conservador ha llegado a satisfacerse con la posesión del poder, y con la seguridad de que ningún conservador es capaz de hacer mal uso de ese poder. "Hagamos todo el bien posible, han dicho los conservadores, y en cuanto a instituciones, no nos preocupemos de eso, porque las que tenemos no son en manera alguna rémora para el bien, puesto que con ellas hemos llegado a un punto a donde no han alcanzado pueblos de mayores recursos".

La segunda causa es la desconfianza que han inspirado los liberales, cuando han pedido la reforma. También del seno mismo del Partido Conservador ha salido el grito de reforma, pero este se ha

interpretado como una deferencia peligrosa al Partido Liberal. Lo cierto es que el Partido Conservador no ha sentido la necesidad de las reformas y ha creído de buena fé que el país no las necesita.

Desgraciadamente, los liberales han tenido la manía de gritar contra los actos más inocentes, más nobles y más patrióticos de los gobiernos conservadores, y éstos, por su parte, han desconfiado de las indicaciones de aquellos, dándoles el valor de verdaderas maquinaciones para desquiciar el orden establecido y sobreponerse. Así es que los conservadores han continuado imperturbables en su propósito de revestir al gobierno de poder y de prestigio, procurando sus garantías más en la designación de los funcionarios públicos que en la perfección de las instituciones.

Cuando los opositores al Partido Conservador, por denigrarlo, han gritado que Nicaragua, por sus instituciones, es una especie de monarquía, con nombre de república, cuyo monarca lleva el título de Presidente, que las grandes libertades de que disfruta el pueblo nicaragüense son concesiones de sus gobernantes, y no derechos verdaderamente asegurados a los ciudadanos, los conservadores han dicho: "Mentira! Pocos pueblos hay sobre la tierra tan libres como Nicaragua, donde los ciudadanos tengan mejor garantizados sus derechos y donde el Magistrado Supremo no sea más que un simple mandatario del pueblo, alternativo y responsable".

Los conservadores han dicho una verdad, porque los ciudadanos que por su influencia han sido elevados a la primera magistratura, se han propuesto, con absoluta abnegación de su persona, dar lecciones prácticas de buen gobierno, ahogar en libertad a sus opositores, concediéndoles todo, todo, hasta los más repugnantes desbordes, excepto la perturbación del orden público. Así sucedió en el primer período constitucional del General Martínez, y lo mismo ha sucedido en las administraciones de los que vinieron después.

Pero la afirmación de los liberales no ha carecido en absoluto de razón. El Partido Conservador no ha comprendido todo el fondo de verdad que ella envuelve, porque ha estado identificado con el poder, porque las pretensiones de los liberales han sido en lo general absurdas, y porque ha tenido la firme convicción de que las instituciones no son un dique a los desbordes de los anarquistas, que sólo pueden contenerse con la fuerza.

Sin embargo, el Partido Conservador tuvo ya ocasión de apercibirse de lo peligroso que es constituir un poder superior a la sociedad de donde emana, y fué en el período de marzo de 1863 a marzo de 1867, época en que los liberales, abandonando su antigua táctica de conspirar contra el poder establecido, adoptaron la línea de conducta de someterse en absoluto. Entonces el gobierno fué lanzado a las más deplorables extremidades, las garantías del ciudadano llegaron a ser letra muerta, y aun el pabellón de la República fue mancillado por actos que da pena recordar. Si no conociéramos los móviles de los opositores al Partido Conservador, podría pensarse que esa jugada política era una lección práctica que los liberales se proponían dar a sus antagonistas, enseñándoles, con la elocuencia irre-

sistible de los hechos, cuán peligroso es dar al mandatario un poder incontrastable por el mandante. Parece que les decían: "mirad vuestra obra y sufrid resignados las consecuencias".

Desgraciadamente no había en aquella conducta mira alguna patriótica, sino la de aprovechar las ventajas del momento para satisfacer aspiraciones personales. De suerte que la lección no fue de ningún provecho para los conservadores quienes continuaron en su mismo sistema de robustecer el poder, procurando ser más cautos en la designación del Magistrado Supremo.

El error del Partido Conservador no es injustificable: estaba empeñada la lucha entre los elementos sanos de la sociedad, y los que propenden por destruirla. "Nada de principios, nada de ideas que sirviesen de estímulo a la lucha fratricida en que se destruían la vida, los intereses y las costumbres de estos desgraciados pueblos", todo era pasiones, deseo inmoderado de lucro y predominio, y no trepidaban, para el logro de aquellos objetos, ante los hechos más escandalosos, ante la deshonra y la devastación del país. ¿Tendremos necesidad de recordar las escenas bárbaras en que fueron sacrificados Pineda, Quadra y Camilo Meléndez en las cárceles de León, Anselmo Vado en Granada, Diego Quadra en San Fernando de Masaya, Cerda en Rivas, las desgraciadas víctimas de la Pelona, y José Zepeda, Balladares, Pascual Rivas y Berrios en el cuartel y calles de León?

No, ese horroroso escenario puede recorrerse en un momento a cualquier espíritu observador que se tome el trabajo de interrogar al pasado sobre el primitivo modo de ser de este pueblo, hoy relativamente feliz a esfuerzos y sacrificios de los conservadores, y esa anarquía constante, esas tendencias destructoras y criminales de los que se llamaban **liberales**, justifican el perseverante conato de aquellos por constituir ante todo y sobre todo, un poder fuerte, capaz de mantener a raya los embates contra la sociedad.

Pero hoy, felizmente, ha cesado aquel funesto modo de ser: el orden ha echado en nuestra sociedad profundas raíces, el amor al trabajo se ha desarrollado al favor de las empresas acometidas durante los largos períodos de paz que hemos disfrutado, los hábitos de regularidad han constituido una segunda naturaleza en nuestras masas, han desaparecido las hordas de vagabundos que servían de aliciente y base a las revoluciones, y el liberalismo no existe ya como una agrupación política, disputando el derecho de dirigir los destinos de la sociedad, ni menos como la personificación de la anarquía armada de antorchas y puñales y difundiendo el terror en todas las clases de la sociedad. Hoy todos

los hombres que profesan ideas liberales, es decir, todos aquellos que tienen sus ideas fijas sobre los medios de promover la felicidad y los adelantos del país, están confundidos en los distintos círculos en que se ha dividido la sociedad; y parece ya llegado el tiempo en que todos los hombres probos, amantes del país, piensen seriamente en dar estabilidad a nuestras instituciones, de modo que ellas no estén a merced de los embates de los anarquistas, ni de un golpe de mano del mandatario del pueblo.

El País ofrece ya grandes garantías respecto de la cuestión de orden público, que es la que más ha preocupado hasta ahora a los hombres pensadores y a las gentes pacíficas. Es ya tiempo de que se trate de armonizar las aspiraciones y hábitos del país con sus leyes, y de que nuestro actual modo de ser progresivo, que debemos a la rectitud de intenciones y a las miras elevadas de nuestros gobernantes, no dependa en manera alguna de la voluntad caprichosa de los funcionarios.

El Partido Conservador que tanto bien ha hecho al país estableciendo el orden, garantizando la paz, dando lecciones prácticas de buen gobierno e introduciendo el espíritu de las mejoras, debe tratar de dar cima a la obra comenzada, iniciando la reforma de nuestras instituciones. En esa empresa patriótica aparecerán indudablemente los dos grandes partidos que rivalizarán en el deseo de levantar el país al más alto grado de prosperidad. Cuando eso suceda, el actual Partido Conservador desaparecerá, con honra, del escenario público, dejando en su lugar esos dos grandes partidos, verdaderamente políticos y patrióticos, sin los cuales no podrá concebirse en lo futuro, como sucede hoy en Inglaterra, el progreso y respetabilidad de la Nación. Entonces, en Nicaragua alternarán los partidos en el poder, como en Chile y en otros países bien constituidos, sin que la nación se alarme por el cambio, pues que el partido que entre al poder desplegará toda su inteligencia y energía en aventajar a su rival en el desarrollo de todos los elementos de prosperidad que el país encierra, que el partido que esté fuera del poder constituirá una oposición ilustrada encargada de fiscalizar los actos del poder, no para enervarle su acción, como sucede en los países inconstituidos, sino para impedir que ella salga de la órbita de sus atribuciones y entorpezca la marcha bonancible de la sociedad.

Sentimos que las proporciones del presente artículo no nos permitan especificar algunas de las principales reformas que, en nuestro concepto, pueden contribuir a dar estabilidad a nuestras instituciones, y nos reservamos para hacerlo en otro artículo. Mientras tanto, hacemos un llamamiento a los hombres de luces y de buena fé para que se ocupen en pensar sobre tan interesante materia.